

Albert Woodfox
con Leslie George

CELDA DE AISLAMIENTO
MÁS DE CUARENTA AÑOS DE RESISTENCIA EN PRISIÓN
MI HISTORIA DE TRANSFORMACIÓN Y ESPERANZA

Traducción de Alejandro Pradera

Alianza Editorial

Título original: *Solitary*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Grove Press,
un sello de Grove Atlantic, Inc., New York, NY, USA.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2019 by Albert Woodfox

© de la traducción: Alejandro Pradera, 2020

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-039-8

Depósito legal: M. 19.652-2020

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA
EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Mi experiencia me dice que, debido al racismo institucional e individual, los afroamericanos nacen socialmente muertos y se pasan el resto de sus vidas luchando por vivir.

Ecos

Ecos de sabiduría oigo a menudo,
la fuerza de una madre suavemente en mis oídos.
Ecos de mujer, que lucen muy brillantes,
ecos de una madre en la noche más oscura.
Ecos de sabiduría en los labios de mi madre, demasiado joven
para entender que esa sabiduría estaba en un suave beso.

Ecos de amor y ecos de temor
que la arrogancia de la masculinidad no me dejaba oír.
Ecos de dolor que todavía guardo junto a mí
mientras lloro la pérdida de mi única heroína de verdad.

Ecos del seno de una madre,
de unos latidos tan queridos,
la vida empieza con mis primeras lágrimas.
Ecos de pasos dados en el pasado,
ecos de masculinidad delante de un espejo.

Ecos de maternidad cariñosa y cercana,
ecos de una madre que perdí y siempre oiré.

Albert Woodfox, 1995

ÍNDICE

Prólogo	15
1. El principio	17

AÑOS SESENTA

2. Los High Steppers	31
3. Persecución en coche	41
4. Angola, años sesenta	45
5. Días de cárcel	54
6. Libertad condicional y vuelta a la cárcel.....	64
7. Artista del atraco	72
8. Atraco en el Tony's Green Room.....	79
9. Evasión.....	83

AÑOS SETENTA

10. Encuentro con el Partido de las Panteras Negras.....	91
11. ¿Qué es el partido?	96
12. Motín carcelario en Nueva York.....	104

13. Rehenes	112
14. Angola, 1971	117
15. Herman Wallace	125
16. 17 de abril de 1972.....	131
17. CCR.....	139
18. Llega King.....	151
19. Guerras en el CCR	154
20. Mi juicio, 1973.....	168
21. El juicio de Herman, 1974	187
22. King cae en la trampa	197
23. Gary Tyler.....	202
24. Huecos para la comida.....	206
25. Mi máximo logro.....	212
26. La batalla de los registros	216

AÑOS OCHENTA

27. «Te tengo cogido»	227
28. Visita médica	239
29. Los registros y el fraude del Comité de Reclasificación	244
30. Camaradas.....	251
31. Visitas en sala.....	258
32. Madurez	264

AÑOS NOVENTA

33. Justicia demorada es justicia denegada	271
34. Mi mayor pérdida.....	280
35. Preparándome para el juicio.....	285
36. Amite City.....	291

37. Los cruzados.....	298
38. Mi juicio, 1998.....	303
39. De vuelta a Angola.....	315

2000-2010

40. Permanecemos unidos.....	327
41. Ocultación de pruebas.....	333
42. King sale del vientre de la bestia.....	344
43. Tortura en el Campo J.....	348
44. Cruel e insólito.....	361
45. «¿Sigue usted estando cuerdo?».....	372
46. 2008.....	378
47. Nunca distantes.....	412

2011-2016

48. Tortura.....	427
49. Cuarenta años.....	431
50. Hombre de acero.....	441
51. Los fines de la justicia.....	465
52. Teorías.....	483
53. La lucha continúa.....	490
54. Un trato por la libertad, no por la justicia.....	495
Epílogo.....	504
Agradecimientos.....	516
Índice analítico.....	521

PRÓLOGO

19 de febrero de 2016

Me desperté cuando aún era de noche. Todo lo que poseía cabía en dos bolsas de basura de plástico que había dejado en un rincón de mi celda. «Pero ¿cuándo te va a dejar salir esta gente?», solía preguntarme mi madre. «Hoy, Mamá», pensé. Lo primero que iba a hacer era visitar su tumba. Durante años había vivido con la carga de no haber podido despedirme de ella. Había cargado con un peso muy grande.

Me levanté, hice la cama, barrí y fregué el suelo. Me quité el pantalón del chándal, lo doblé, y lo guardé en una de las bolsas. Me puse el mono penitenciario de color naranja exigido para comparecer ante el tribunal aquella mañana. Un amigo me había dado ropa de calle para que me la pusiera después. Extendí la ropa encima de mi cama.

A lo largo de los años mucha gente me escribió a la cárcel para preguntarme cómo sobreviví cuarenta años en una celda individual, encerrado veintitrés horas al día. Convertí mi celda en una universidad, les contestaba, en un salón de debates, en una facultad de Derecho. Plantando cara sin echarme para atrás, les decía. Yo creía en la

humanidad, decía. Me quería a mí mismo. De la desesperanza, de la claustrofobia, la brutalidad y el miedo no decía nada. Miré por la ventana. Había una furgoneta de una cadena de noticias aparcada en la calle a poca distancia de la cárcel, con los faros todavía encendidos, aunque ya empezaba a clarear. Podré ir donde quiera. Ver el cielo por la noche. Me recosté en mi litera y esperé.

CAPÍTULO 1

EL PRINCIPIO

Nací en el ala «para negros» del Hospital de la Caridad de Nueva Orleans el 19 de febrero de 1947, al día siguiente del Mardi Gras, el famoso Martes de Carnaval de la ciudad. Mi madre, Ruby Edwards, tenía 17 años. Mi padre había desaparecido. La dejó, me contó mi madre, porque ella vivía en el barrio equivocado. Vivimos en Nueva Orleans hasta que cumplí 5 años y mi madre se enamoró de un hombre llamado James B. Mable, cocinero de la Armada de Estados Unidos. Fue el primer y único hombre al que he llamado «Daddy» («papi») en mi vida. Se casaron y tuvieron otros cuatro hijos, una niña y tres niños.

Durante aquellos años nos mudamos seis o siete veces de una base naval a otra. El trabajo de «Daddy» consistía en dar de comer a la tripulación del buque al que le destinaran. Los fines de semana, cuando el personal de la Armada tenía permiso para ir con sus familiares, «Daddy» me llevaba a su barco. Recuerdo que una vez me acerqué al borde de un portaaviones para ver el agua mientras él me agarraba de la camisa por detrás para que no me llevara el fuerte viento.

Fui un niño rebelde. Cuando tenía 7 u 8 años, desafié a mi mamá a un combate de lucha libre. «Te puedo ganar», le dije. «Si te gano

yo, tendrás que llevar puesto un vestido de mujer todo el día», me dijo ella. Era el peor castigo que me podía imaginar, pero accedí. Me inmovilizó en cuestión de segundos. No sé de dónde sacaría mi madre aquel vestido, pero me lo puse. Por lo menos estaba cumpliendo mi palabra. «Un hombre no es nada sin su palabra», me decía. Estuve oyéndolo toda mi infancia.

Durante un tiempo mi mamá fue mi mundo. Orgullosa, decidida y guapa, cuidaba de nosotros. No sabía leer ni escribir, pero sí sumar y restar, y se le daba bien el dinero; era capaz de exprimir un centavo hasta que pedía misericordia. Al haberse criado en el Sur racista, mi madre tenía mucha práctica en sobrevivir con lo mínimo. Cuando «Daddy» estaba de permiso, íbamos a la pequeña granja de sus padres donde él se crió, en La Grange, Carolina del Norte. Allí mis abuelos cultivaban sandías, coles, maíz, tabaco y boniatos. Detrás de la casa había un gallinero, y un poco más allá un bosque al que íbamos a coger fresas silvestres. A mi abuela le encantaba pescar, pero le daban miedo las barcas. Yo era el único en quien confiaba mi abuela para que la llevara remando hasta el medio del río, al que llamábamos el *bayou**, ya que mi madre era de Luisiana.

Mi abuela me enseñó a limpiar y cocinar el pescado. Me enseñó las tareas de la granja. Yo daba de comer a las gallinas y trabajaba en el campo. Aprendí a llevar un tiro de mulas siendo muy pequeño. Cuando cosechábamos el tabaco, yo llevaba una carreta muy estrecha tirada por una mula que cabía por entre las hileras de las plantas de tabaco. Los costados de la carreta estaban hechos de retales de sacos de arpillera, que iban clavados a unos postes que sobresalían desde las cuatro esquinas del cajón. Las recolectoras arrancaban las hojas y las extendían sobre la carreta. Cuando la carreta estaba llena, la llevaba al secadero, donde las mujeres ataban las hojas de tabaco y las colgaban de unos palos, que posteriormente se colocaban dentro

* La masa de agua pantanosa de la desembocadura del Misisipí que fluye lentamente a través de canales y meandros, únicamente navegables en pequeñas embarcaciones (*N. del T.*).

del secadero en unos bastidores. Cuando el secadero estaba lleno, se encendía la calefacción y así se curaba el tabaco antes de enviarlo y venderlo a las plantas envasadoras. Cuando yo tenía 9 o 10 años, iba y venía en autostop a una fábrica de tabaco en Winston-Salem, 300 kilómetros por trayecto. A veces los conductores daban conversación, otras no. Mi trabajo en la fábrica consistía en ayudar a enrollar los fardos de tabaco para que tuvieran una medida determinada. Muchos niños de mi edad trabajaban allí.

Todo cambió después de cumplir 11 años. La Armada obligó a «Daddy» a jubilarse al cabo de veinticinco años de servicio, y entonces nos mudamos permanentemente a La Grange. Pasó de ser un *master chief petty officer* (el máximo grado de suboficial al que se puede ascender en la Armada) a ser un hombre negro que vivía en una granja en Carolina del Norte. Sin la responsabilidad y el respeto que se le otorgaba en la Armada, «Daddy» fue perdiendo su autoestima. Empezó a beber y a desahogar su frustración y su rabia con mi madre. «Daddy» nunca nos pegó ni a mí, ni a mis hermanos, ni a mi hermana. Pero sí pegaba a mi madre. Cuando le pegaba, mi madre gritaba e intentaba pelear, pero era una mujer menuda. Con su tamaño y su fuerza, él podía más que ella. Nunca sabíamos cuándo iba a tener la siguiente explosión de ira y amargura. Nada nos alertaba con antelación de cómo iba a reaccionar en un momento dado, de modo que vivíamos en una confusión y un temor constantes. Una vez le dio tal paliza a mi madre que las hermanas de «Daddy» vinieron a verla y le dijeron que temían por su vida, que si no se marchaba, él podría acabar matándola. Mi madre no quería marcharse, pero algo le decía que si seguía con «Daddy» corría peligro. Tarde o temprano, la violencia que ejercía contra ella acabaría usándola contra sus hijos. Ideó un plan secreto con las hermanas de «Daddy» para escaparse y llevarnos consigo. Debido a su escasa educación y experiencia, el único lugar donde se sentía segura era Nueva Orleans, donde nació y se crió. Así que su destino era Nueva Orleans.

El día que Mamá tenía planeado que nos marcháramos, «Daddy» estaba a punto de salir de casa cuando mi hermana Violetta, de 5

años, le dijo que quería ir con él. Mi hermano menor James, que tenía 3 años, dijo que él también quería ir. Mamá le dijo a Violetta: «¿Por qué no te quedas en casa, Vi? Creo que deberías quedarte». Violetta era la favorita de «Daddy», y él dijo que podía acompañarle. Y James también. Todos les vimos salir por la puerta. Mamá recurrió a mis tías y les dijo: «No me voy, sin mis hijos no me voy». Ellas le dijeron en los términos más enérgicos que tenía que marcharse porque de ello dependían su vida y las de sus hijos. Le prometieron que ya le mandarían a Vi y a James con alguien. Fue la decisión más difícil que tuvo que tomar mi madre en toda su vida. Nos llevó a mí, a mi hermano Haywood, que tenía 2 años, y al bebé, Michael, que no había cumplido uno, hasta la estación de autobuses de la línea Greyhound. Subimos al autobús y fuimos de un tirón hasta Nueva Orleans, sin Vi y sin James. Mamá estuvo llorando intermitentemente todo el viaje. Estaba llena de ira, de temor y de remordimientos porque sentía que había abandonado a dos de sus hijos, aunque sabía que iba a volver a verlos en cuestión de días o semanas. Nunca imaginó que iban a pasar años antes de que volviera a verlos de nuevo. De haber sabido lo que ocurrió, nuestras vidas habrían sido distintas, porque nunca se habría marchado.

Mamá llamó a su hermano desde una cabina telefónica de la estación de autobuses de Nueva Orleans. El tío Joe vino a recogerlos con la tía Gussie. Nos llevaron en coche a una casa que Gussie tenía en alquiler. Nunca olvidaré la dirección, 918 North Villere Street, en el 6º Distrito. Al entrar, la tía Gussie nos llevó por un largo pasillo hasta dos pequeñas habitaciones de la parte de atrás. Una de las habitaciones tenía una chimenea, y se convirtió en nuestra cocina improvisada. Mamá puso unas literas para mis hermanos y para mí. Y se instaló en la otra habitación como su dormitorio. Para utilizar el retrete teníamos que salir por la puerta principal y rodear la casa hasta el patio trasero. El retrete estaba en un cuartito adosado en la parte posterior de la casa. Había una bañera en otro cuartito que separaba la cocina de la tía Gussie de nuestras dos habitaciones, pero mi madre siempre nos obligaba a bañarnos en una gran tina de latón

que había en la cocina. Mamá calentaba el agua en el pequeño fogón y la vertía en la tina para nosotros. Había un orinal en un rincón que utilizábamos como retrete provisional por las noches. Echábamos aceite de pino para que no saliera el mal olor. Una de nuestras tareas rutinarias cada mañana era vaciar el orinal.

La ciudad de Nueva Orleans está formada por distritos (*wards*), y nosotros vivíamos en el 6º, también llamado el Tremé*. En aquellos tiempos era un barrio negro, una mezcla de clase trabajadora y de gente pobre. Nosotros vivíamos en el sector pobre. La avenida Claiborne era la calle más transitada del Tremé porque la mayoría de las empresas del 6º Distrito estaban allí. Era nuestra Canal Street, la principal zona de negocios de Nueva Orleans. Comercios pequeños regentados por negros, como las tiendas de alimentación, los salones de belleza, las tiendas de ropa, las lavanderías, las barberías, las panaderías y los bares, bordeaban Claiborne. La mediana de Claiborne era una larga isleta cubierta de hierba y bordeada de árboles, y se consideraba «terreno neutral». Era uno de los lugares de reunión favoritos para la gente del barrio durante la temporada del Carnaval y otras festividades importantes. Todo el mundo montaba su barbacoa o su picnic en el terreno neutral. Después del colegio, mis amigos y yo jugábamos a hacer placajes de fútbol americano, allí, a la sombra de los árboles que bordeaban Claiborne.

Cuando no estábamos jugando en el terreno neutral, jugábamos al béisbol en la calle. Cuando no hacía demasiado calor, los niños jugaban descalzos, y reservaban sus zapatos para ir al colegio. Casi todas las casas del 6º Distrito eran iguales, las llamábamos «casas de escopeta». Si uno se ponía delante de la puerta principal y disparaba una escopeta, la bala saldría directamente por la puerta de atrás. Nuestra casa era una escopeta doble. En mi calle, todas las casas tenían delante un pequeño porche o unas escaleras donde se reunía la gente. Había postes de teléfono a ambos lados de la calle, con cables

* Del nombre original francés, *faubourg* (arrabal) *Tremé*; hoy en día, en inglés se sigue pronunciando de forma parecida a la pronunciación francesa (*N. del T.*).

combados colgando entre ellos. No se veía ni un solo edificio alto, salvo el campanario de una iglesia aquí y allá, y la Escuela Primaria Joseph A. Craig. Todas las casas tenían un callejón lateral con una valla de separación. Mis amigos y yo nos saltábamos las vallas para atajar de una calle a otra. Después empezamos a saltárnoslas para huir de la policía.

Mi madre quería lo mejor para nosotros, pero como era analfabeta funcional no conseguía lo que podría considerarse un empleo estable. Así que trabajaba a salto de mata y hacía lo que hiciera falta para darnos de comer, y a veces eso incluía prostituirse. Mi madre, que tan solo tenía 28 años cuando nos mudamos de vuelta a Nueva Orleans, y a pesar de haber tenido cinco hijos, seguía siendo una mujer muy guapa. Trabajaba en bares y en clubs nocturnos como camarera, haciendo la calle, y echando a los borrachos. Fuera había pobreza, pero dentro de nuestra casa mi madre creó un oasis para nosotros. Siempre ganó lo suficiente como para comprarnos ropa, poner comida en la mesa y pagarle el alquiler a la tía Gussie. Siempre se aseguraba que tuviéramos ropa de nuestra talla. La mayoría de los niños con los que crecí llevaban ropa heredada que les quedaba demasiado grande o demasiado pequeña. Algunos niños llevaban pantalones que les llegaban hasta los tobillos. Nosotros los llamábamos «pantalones tobilleros». Mamá nos decía que quería que tuviéramos algo mejor de lo que tuvo ella cuando era niña. Siempre nos compraba alguna prenda nueva para el primer día de colegio. No me di cuenta hasta que fui mucho mayor de los sacrificios que hacía para ofrecernos esas necesidades básicas.

Ella solía decir: «No quiero que mis hijos hagan lo que he tenido que hacer yo para ganarme la vida». Y: «Quiero que mis hijos tengan una vida mejor». Pero a veces nuestra necesidad de sobrevivir a la pobreza era un obstáculo. Cuando escaseaba el dinero y en casa ya no quedaba comida, yo robaba pan y latas de comida. A mí aquello nunca me pareció un delito, era supervivencia. En todo lo demás, nos las apañábamos. Para algunas comidas, la tía Gussie y yo pescá-

bamos percas o salmonetes en el Bayou St. John. Si se me hacía un agujero en la suela del zapato, yo ponía una capa de papel de periódico dentro para poder seguir poniéndomelos. Pero yo tenía mi amor propio. No quería que nadie viera que tenía agujeros en los zapatos. En misa, cuando tocaba arrodillarse, yo me ponía medio encorvado, con una sola rodilla en tierra, para poder mantener la suela agujereada en el suelo y que los que estaban detrás de mí no vieran los agujeros. En una ocasión, una monja se acercó al extremo de mi banco y me dijo en voz alta que me arrodillara con las dos rodillas. Al ver que yo no lo hacía, me ordenó salir al pasillo que había entre los bancos. Me acerqué, y ella volvió a ordenarme que me pusiera de rodillas. Ahora todo el mundo me estaba mirando. Si me arrodillaba, toda la congregación que había detrás de mí iba a ver los agujeros de mis zapatos. Me negué. Me agarró del hombro e intentó obligarme a ponerme de rodillas. Cuando me resistí, la monja me echó de la iglesia. Volví de vez en cuando a la iglesia con mi madre, pero nunca olvidé la crueldad de aquella monja.

La tía Gussie iba a una iglesia baptista. A veces me llevaba a su iglesia a oír un concierto de *gospel*, y yo disfrutaba de las armonías y las voces. Los jueves, la tía Gussie me daba un dólar para que le trajera una «vela bendita» de su iglesia. Un jueves, cuando iba a comprarle su vela, vi a su pastor en la tienda de la esquina al pasar. Llevaba una caja llena de velas, que en la tienda costaban 50 centavos cada una. Le seguí. Quería ver cómo bendecía las velas, y esperaba verle realizar algún tipo de ceremonia cuando llegara a la iglesia, pero él se limitó a sacar las velas de la caja y ponerlas en la mesa para que la gente las comprara por un dólar. Eso para mí fue un shock, porque en aquellos tiempos 50 centavos era mucho dinero.

Nunca creí en Dios, ni siquiera de niño. No era capaz de entender la idea de un ser todopoderoso. Pero siempre me consideré una persona espiritual. Para mí, la espiritualidad es una sensación de conexión más allá de uno mismo. Teníamos una vieja perra llamada Trixie, y a veces yo tenía la sensación de que sabía lo que estaba pensando Trixie. Para mí aquello era espiritual.

Durante el día, a veces mis hermanos y yo nos quedábamos solos. Mi mamá podía estar durmiendo la mona, o estaba demasiado agotada para levantarse después de estar toda la noche alternando. A menudo no volvía a casa hasta las seis de la mañana. A veces me colaba en su habitación después de que ella se acostara y escondía el dinero que había ganado aquella noche para que, si ese día aparecía su novio, no se lo quitara. No servía de nada. Si mi madre estaba enamorada de un hombre, le daba todo lo que tenía, incluido su dinero.

La tía Gussie cocinaba y nos echaba una mano. Todos trabajábamos en casa, fregábamos los suelos, nos planchábamos la ropa. Recuerdo que planchaba con una plancha antigua que se calentaba sobre el fogón. Aprendimos a cuidar de nosotros mismos. Siempre cuidábamos unos de otros. Mi hermano pequeño Donald nació cuando yo tenía 12 años. Su papá era un marino mercante llamado Pete que tuvo una relación discontinua con mi mamá durante muchos años.

En aquellos tiempos todo estaba segregado entre blancos y negros. Los negros no podían ir a muchos sitios por culpa de las leyes racistas del Sur. En el cine los negros solo podían estar en el entresuelo. Tenían prohibidos los asientos del patio de butacas. No nos permitían estar parados en el vestíbulo ni delante del mostrador de chucherías. Para comprar palomitas o cualquier otra golosina teníamos que esperar junto a la puerta del vestíbulo hasta que pasara un acomodador blanco para poder darle el dinero y pedir. El acomodador nos traía la vuelta y los caramelos, las palomitas, o lo que quedara en la tienda.

Las únicas ocasiones en que realmente tenía contacto con los blancos era cuando íbamos al Barrio Francés o al barrio de las tiendas de Canal Street. La primera vez que sentí que una persona blanca podía ser una amenaza para mí yo estaba de pie junto a la parada de autobús de la esquina de Dumaine y Villere con mi madre, cuando pasaron delante de nosotros dos policías blancos en un coche patrulla. Mi madre me puso la mano sobre el hombro en actitud de protección y me colocó detrás de ella. A medida que fui creciendo

me di cuenta de que los blancos se dirigían a los adultos negros llamándoles «*boy*» o «*girl*»*, y de la falta de respeto que suponía.

La primera vez que un blanco me llamó «*nigger*»** yo tenía unos 12 años. Estaba esperando junto con docenas de niños al final del desfile del Mardi Gras, detrás del Auditorio Municipal, donde los participantes de las carrozas, que en aquellos tiempos eran todos blancos, regalaban las cuentas de colores y las baratijas que les habían sobrado. En una de las carrozas, el hombre que lanzaba las baratijas tenía en la mano un collar de cuentas de color perla realmente bonito. Pensé que sería un bonito regalo para mi mamá por su cumpleaños. Le dije a gritos: «¡Eh, señor, eh, señor!», y alargué la mano. Me señaló con el dedo al tiempo que levantaba las perlas por encima de su cabeza, y las tiró hacia mí. Cuando ya tenía las perlas a mi alcance, fui a cogerlas, pero una niña blanca que había a mi lado estiró la mano y las agarró al mismo tiempo que yo. Yo no las soltaba. Le hice un gesto al hombre de la carroza, y le dije a la niña: «¡Eh, las perlas me las estaba tirando a mí!» Le dije que quería regalárselas a mi mamá. La niña miró al hombre de la carroza, que seguía apuntándome con el dedo, y entonces ella rompió el collar y me llamó *nigger*. El dolor que me causó que aquella niña blanca me llamara *nigger* me acompañará para siempre.

En aquellos tiempos, la mayoría de los policías eran blancos. Pasaban por nuestro barrio deteniendo a los negros simplemente por estar parados en una esquina, acusándoles de merodear o de vagancia, a fin de poder cumplir con su cuota de arrestos. Una vez detenidos, a saber qué cargos les echarían encima a aquellos hombres. Mis amigos y yo sabíamos que sería lo que a la policía le diera la gana. Siempre supimos que la policía detenía a los hombres en nuestro

* *Chico, chica*, la forma en que un blanco originalmente se dirigía a un esclavo o esclava adultos y que, tras la abolición de la esclavitud, en el Sur se perpetuó entre los blancos más racistas para dirigirse, por ejemplo, a una persona negra desconocida, sobre todo en el lugar de trabajo o por la calle (*N. del T.*).

** El término más despectivo de todo el repertorio racista (*N. del T.*).